

SUSCRIPCIONES

Valdepeñas, trimestre. 1,00
Provincias, semestre 2,50

ANUNCIOS: precios convencionales.

20 ejemplares 75 cénta.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.



JUVENTUD

Periódico literario y de intereses generales

Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

En el Calvario

Así como la naturaleza se cubre en el florido Abril con sus encantos y sus galas, y el aire nos dá sus sonidos, y la luz sus colores, y las flores sus perfumes, tiene la Iglesia sus fiestas y sus cantos, alegres, muy alegres unos, como el *Te-Deum* y el *Resurrexit*, que llenan el alma de incógnita é indefinible alegría, tristes, profundamente tristes otros, como el *Miserere* y el *Stabat Mater*, que llevan al corazón olas de infinita angustia, de inenarrable amargura, de inmenso dolor.

Tal es la que la Iglesia, en estos días para siempre memorables en la historia de la humanidad, celebra conmemorando la redención del hombre, en la gloriosa pasión y muerte de Jesús de Nazaret en el Calvario. Y efectivamente. Veinte siglos há que la Humanidad conmemora la gran tragedia del Gólgota. Es que la figura de Jesús, el divino galileo, á medida que el tiempo pasa, se agiganta más y más, con proporciones suprahumanas en la cima del Calvario.

* *

Jamás hombre alguno, cual el divino Jesús, produjo revolución más grande en el mundo; jamás hombre alguno hizo que el corazón y el cerebro humanos latieran tan fuertemente, vibraran con tan grande intensidad. Sin su divino aliento y su celestial palabra despertando á todos los hombres y á todos los pueblos á nueva vida é iluminando con vividos y fulgurantes resplandores la conciencia humana—que es la voz de Dios en la vida, según Sócrates— aún permanecería aquella sumida en las sombras negruras de noche eterna.

Jamás en el tiempo ni en el espacio apareció un hombre que de sus labios brotaran, cual de caudalosa y purísima fuente, palabras más hermosas, más puras y más santas, sino de El que era la hermosura, la pureza y la santidad mismas.

Jamás ningún hombre amó tanto al hombre; como que le amó con amor infinito; por eso se sacrificó por nosotros y por nosotros sufre todos los tormentos y martirios, los dolores más acerbos, El que era el Cordero sin mancha, el Justo entre los justos, el Inocente entre los inocentes. Y es que ningún hombre, sino Jesús, echó sobre sus hombros la grande y santa obra de redimirnos. Y no redimió á un solo hombre ni á un solo pueblo, sino que redimió á todos los hombres y á todos los pueblos. ¡Obra portentosa, admirable,

tan solo realizada por el Hombre Dios!

* *

¿Oís? Es el sordo y ronco rumor que produce la turbulenta plebe, la agitada multitud, al pedir ante Pilatos, con gritos de salvaje alegría, la muerte de Jesús. Es la misma que corre alocada y presurosa por la ciudad prostituida y luego, ébria de sangre, pero de sangre inocente y pura, se extiende y desparrama por las laderas de la maldita colina, ávida de presenciar la agonía del Justo. Es la misma que después le insulta y escarnece en la Cruz diciéndole:

«Si eres hijo de Dios, sálvate.» ¡Impía, brutal blasfemia, que, siempre y en todos los momentos del tiempo y de la historia, el hombre lanza contra todo el que trata de redimirlo!

En la cima del Calvario, nuevo Sinaí de la redención humana, vése enhiesto un tosco madero en forma de cruz y en él, clavados sus pies y manos, está el divino Jesús.

Allí, en aquel lugar de desolación y muerte, desde entonces altar augusto y sublime de nuestra redención, hace su testamento el Verbo encarnado, el Dios hombre, el divino Jesús, ratificando la doctrina que había predicado durante su vida, de paz, de caridad, de amor. Ni una palabra, ni el más ligero reproche tiene para sus perseguidores y verdugos. Y El que del caos había hecho surgir los mundos, creado la luz y las estrellas y soles que tachonan el cielo, dice con resignación y humildad nunca igualadas: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»

Y conociendo era llegada su hora y después de recomendarnos á su madre que desolada le había seguido hasta la cruz, y al discípulo predilecto de que nos amáramos los unos á los otros como hermanos, pues que todos somos hijos del «Padre celestial que está en los cielos,» inclinándose su cabeza sobre el pecho, espiró.

¡Ya ha muerto Jesús! Y ha muerto en medio de los dolores más acerbos, más cruentos, con sus brazos extendidos, como llamando así á todos los hombres y á todos los pueblos; y ha muerto en una cruz, símbolo de oprobio y de ignominia; desde entonces lábaro de redención; ha muerto Jesús crucificado; pero el hombre está redimido, salvo.

* *

Han pasado muchos siglos y todavía conmueve el ánimo el espectáculo de ver comparecer á Jesús ante jueces criminales, prevaricadores, El que era tan puro y cándido como la azuzena del valle. Todavía conmueve el ánimo y se levanta aira-

da la conciencia contra aquellos jueces y aquel pueblo deicida que acusaban, como todos los poderes injustos y caducos, de perturbador del orden social á Aquel que sostenía ante los sabios y sentó como axiomas, que el tiempo no ha destruido, sino confirmado, que en religión no le es dado á ningún poder humano penetrar en el sagrado é inviolable asilo de la conciencia; que en política toda soberanía debe radicar en el pueblo, fundamento de toda ley; y que en sociedad, para juzgar á los demás, debemos inspirarnos siempre en aquella máxima de «á cada uno según sus obras,» y que en las costumbres y en las leyes deben hallarse encarnados los eternos principios de la verdad y la justicia.

¡Que aprendan los sabios! ¡Que aprendan los que tratan de redimir á los pueblos y se convengan de que éstos, aunque siempre ingratos, necesitan el holocausto de alguna privación, y el homenaje y sacrificio de alguna enseñanza! ¡Que mediten, que piensen todos los que aman al pueblo en los tormentos y dolores de Jesús, para ser luego, como El, eternamente benditos y glorificados en la historia!

Que toda idea redentora, para triunfar, necesita, como semilla fecundante y pura, la sangre de sus mártires.

SANTIAGO S. CARRASCO.

VERSOS DE PRIMAVERA

Resuendo á Alfonso Madrid.

I

Llamas dulces á los versos que te he enviado en mi carta: mis versos son dulces porque tienen aroma de alma.

Tu también me das tus versos; con tu inefable mirada á mi alma le dices muchos versos dulces sin palabras.

II

Venía alegre, vestida con un traje blanco y bello, con los caballos al aire y con flores en el pecho.

Se acercó hablando risueña: yo estaba mirando al cielo de la tarde, todo rosa, y distraído todo, en silencio.

Me volví para mirarla, y ella entonces hizo un gesto de amable coquetería y dijo:—¿Qué te parezco?

— ¡Oh! esa cara... y esas flores... y ese traje blanco y nuevo... Te pareces á una novia que yo he visto.

—¿Dónde?

—En sueños.

III

La campana del convento

toca á misa... La mañana está llena de contento. Bajo el cielo azul, yo siento, cuando toca la campana, un divino sentimiento.

Las muchachas van á misa (negros, blancos y colores de vestidos) van á misa... soñando muchos amores, dejando un olor de flores y alguna estela de risa.

El sol es de primavera, un sol alegre y triunfal que hace amar la vida entera! Y en el aire matinal vuela la gracia ligera de la enagua y el percal.

La iglesia está reluciente de sol: por los ventanales pasa la luz del Oriente en polícromos raudales y se quiebra transparente en los pintados cristales.

Yo te veo repasar tu rosario, y veo que estás fija en el altar con esa mirada de el alma que sabe amar con el amor de la fé.

Yo... —mi divina enlutada, que lees tu devocionario con pensativa mirada— yo... —mujer de mi calvario— tengo una flor disecada para tu devocionario!

¿La quieres?... en la mañana de primavera yo siento un divino sentimiento cuando toca la campana, cuando llama á misa, ufana, la campana del convento.

Te veo pasar á misa plácidamente ligera y sonriendo indecisa... y el cielo de primavera está azul, y hay una brisa que huele á flor tempranera!

¿Quieres la flor mi adorada? Por tí es mi amor un calvario, por tí, divina enlutada que lees tu devocionario con pensativa mirada... ¿Quieres la flor, mi adorada? ...Tengo una flor disecada para tu devocionario.

IV

Llevas un vestido blanco y es el que mejor te sienta. A mí me gusta lo blanco porque dice primavera.

Color blanco, dulce sueños de virgen, color pureza, azucenas y azahar y coronas de poeta.

Color blancura de ángel, color de luna y de estrella... A mí me gusta lo blanco como el vestido que llevas.

V

La ví en el jardín, sentada y jugando con el gato: al verme bajó los ojos, sus azules ojos cándidos.

—¿No quieres mirarme, Carmen? No me importa, no me enfado... ya sabes que yo te quiero más que tu quieres al gato.